

CAPÍTULO II.

PARENTELA Y NACIMIENTO DE PORFIRIO.

MESON DE LA SOLEDAD—DESCRIPCION DEL EDIFICIO—NACIMIENTO DE PORFIRIO—LUGAR EN QUE VIÓ LA PRIMERA LUZ—CARÁCTER DE DON JOSÉ DIAZ, EL PADRE—EL LABRADOR MEJICANO Y EL EUROPEO—LA VIDA DEL RANCHO Y DE LA HACIENDA—RASGOS CARACTERÍSTICOS—DOÑA PETRONA MORY, LA MADRE—OTRA FIGURA TÍPICA—CUALIDADES PROMINENTES DE LOS ASTURIANOS—VENIDA DEL SEÑOR MORY—SU RADICACION Y CASAMIENTO—LOS MIZTECOS Y LOS ZAPOTECOS—GLORIAS DE NOCHISTLAN—DIGNIDAD VARONIL Y HERMOSURA DE LAS MUJERES—DISTINCIONES DE RAZA.

ANTES del siglo actual habia en la calle principal de la ciudad de Oajaca, uno de esos sólidos edificios de adobe, tan comunes en toda la América Española. La casa era de un solo piso y de azotea formando un cuadrángulo, y contenia dos patios extensos y cómodos; en el primero de estos se encontraban las habitaciones para la gente; y el segundo estaba destinado á las bestias.

El edificio estaba situado en la extremidad occidental de la calle de la Soledad y en el límite de la antigua villa del Marquesado. Esa calle era de las principales, siendo su prolongacion el camino real para la ciudad de Méjico.

La casa era de construccion maciza, con sus gruesas y blanqueadas paredes, impenetrables tanto á los calores del verano como á los frios del invierno. Un ancho zaguan daba entrada á los patios, en el primero de los cuales se encontraba la hilera de puertas de las habitaciones, teniendo las paredes exteriores del edificio la apariencia de una superficie plana y no

interrumpida. Al rededor de este patio habia un corredor, en el que los moradores pasaban la mayor parte de su tiempo, ocupados en sus trabajos, ó mas comunmente, entregados al goce del *far niente*. En el centro del mismo patio se encontraba una fuente, rodeada de plantas, la cual además de refrescar el aire de ese patio, servia para dar agua á las bestias en el patio contiguo, proporcionando un grato contraste á la esterilidad de los alrededores. Las habitaciones tenian poca luz y peor ventilacion. Lo benigno del clima, durante la mayor parte del año, hacia preferible la vida al aire libre y disminuia, por consiguiente, las exigencias en cuanto á muebles y adornos de los cuartos, que á veces se reducian á un catre de lona, ó á un banco de cama formado de tablas burdas, ó tal vez á un banco de mampostería construido en un rincon de la pieza, con mas ó ménos pretensiones á la comodidad. Además de las camas, que en un solo cuarto solia haber varias, se veian quizá una mesa y algunas sillas; pero en todo se notaba un vacío muy de acuerdo con lo tosco de las vigas, las cuales no siempre estaban blanqueadas.

En algunos de los cuartos se veia la imágen de un santo, adornado con ramilletes de flores artificiales y láminas de vivos colores en las paredes. En la estancia ocupada por la familia, constituia el mueblaje una hilera de bancos; las imágenes eran mas numerosas, y el cuadro de la vírgen se destacaba brillante alumbrado por la débil luz de una lamparilla de aceite. Sobre la mesa habia un reloj francés y mas arriba de él un pequeño espejo.

El edificio que acabamos de describir era conocido con el nombre de Meson de la Soledad. Los dueños de este establecimiento eran Don José Faustino Diaz y Doña Petrona Mory, su esposa, y fué aquí donde Porfirio vió la luz primera el 15 de Setiembre de 1830, víspera del glorioso aniversario de la independencia nacional.

Don José era hijo de Don Manuel Diaz y Marcela

Gracida, dueños de una pequeña hacienda en Clanchico, cerca de Oajaca, y hombre de carácter resuelto, de robusto físico y voluntad decidida. Sus antecesores, que eran españoles, salieron de la madre patria en los primeros años de la conquista, aunque no llegaron hasta que la guerra que la aseguró había ya terminado, y el país dormía el sueño apático de la indolencia que el gobierno colonial supo tan bien mantener. Las industrias del país se concretaban entonces al comercio de la capital, á la industria minera en el norte y á la agricultura y faenas campestres en el sur.

Esto último era mas adecuado al gusto de los hidalgos de mejor condicion, quienes, aunque desdeñaban el trabajo, disfrutaban con gusto los frutos que producía. Sobre todo, anhelaban dominar. Se envanecían, con una intensidad de sentimiento que difícilmente apreciarían los mercenarios de nuestros días, todos los arreos del poder, cualquiera que fuera la categoría de este: no de ese poder que sólo consiste en la sórdida riqueza y en tener acopio de mercaderías, sino en la autoridad que los ponía en aptitud de ser árbitros de vidas y haciendas.

Podremos ilustrar esto perfectamente examinando, no al rico hacendado, dueño de una docena de haciendas, ni al que cuenta sus dependientes por millares en los estrechos confines de una ciudad; sino fijándonos en el rancho ó labrador en pequeño, que en Méjico es, en muchos puntos, superior á su hermano de Europa, especialmente en cuanto á habilidad y maneras; y además en la Nueva España es un verdadero elemento representativo, un tipo puramente nacional, cuyas costumbres y condicion social forman un conjunto muy simpático. No será muy sólida su habitacion, que muchas veces se reduce á una simple enramada; pero el cielo despejado, el aire puro y embalsamado, y el paisaje encantador que tiene siempre delante, inspiran en su alma emociones de un estado de felicidad difíciles de superarse. Sus tierras no seran extensas, pero en cambio tiene mercados para

sus frutos, y encuentra poca competencia que lo impulse á esclavizarse ó á atesorar el dinero. Vive, no para trabajar sino para gozar. De aquí proviene que esté satisfecho con tener un pequeño terreno para cultivar el maíz, chile, frijoles, y ñames; criar unas cuantas cabezas de ganado, y tal vez un pequeño campo para la cochinilla, la caña de azúcar, ó cualquier otro fruto que le proporcione algunos pesos con que comprarse ropa y divertirse. Su gusto principal consiste en poseer un caballo fogoso, una vistosa silla de montar con adornos de plata, y grandes vaquerillos de piel de tigre barriendo el suelo; y la correspondiente reata siempre en la mano. Aquí tal vez pueda encontrarse el origen de esos rasgos de bravura, franqueza, y caballerosidad que tanto lo enaltecen á los ojos de su amada y causan la admiracion de sus compañeros. No por eso deja de apreciar las ventajas que puede sacar de una ostentosa presentacion, vestido con su chaqueta de cuero, con un sarape de vivos colores al hombro y un sombrero jarano galoneado de plata.

Trabaja poco, dejanlo el cumplimiento de la mayor parte de sus obligaciones al cuidado de la familia, para frecuentar con alegres compañeros las tabernas y los bailes, discutiendo sobre el último pronunciamiento, ó sobre la bizarría de su general predilecto, ó, tal vez, urdiendo en reuniones secretas otra revolucion, que sin duda alguna, libertará á su patria de opresores. Fluctúa constantemente entre el reposo de la indolencia y una asombrosa actividad producida por las pasiones. Cuando se halla de este humor se le ve á caballo en carrera precipitada, remoliendo la reata en persecucion de algun toro alzado ó de alguna fiera, ó domando con fria y admirable pericia y gracia algun caballo endemoniado para la silla. Listo siempre para tomar parte en una pelea, se desdeña de llevarle ventajas á su adversario, y se manifiesta siempre tan ansioso por mantener el honor de su patria como el suyo propio. Pasado este arrebato impulsivo se rinde á la hamaca, y fumando su cigarro de hoja, trae á la memoria sus

conquistas sobre el bello sexo, repasa en su imaginación las emociones del fandango, ligadas siempre con amoríos, ó tiembla su guitarra para improvisar versos laudatorios con que lograr nuevos triunfos. No olvidada, en medio de todo eso, de cuidar su gallo de pelea, ni de apostar hasta el último real en favor de su plumado campeón, ó de su carta favorita al juego del monte.

Al escoger para esta descripción un rancharo de la clase media, lo hago de intento para no tocar los extremos de este tipo especial, pues estos no son comparables entre sí por razón de las categorías. Así sucede que el rico hacendado tiene poco que hacer con la administración de sus bienes, y dejando todos los detalles á sus agentes ó mayordomos, pasa la mayor parte de su tiempo en la capital: mientras que el rancharo de la clase ínfima es poco más que un peon, que unas veces trabaja por su cuenta, y otras en las haciendas inmediatas; y guarda con celoso cuidado, por generaciones enteras, la tierra y morada que hoy puede ser suya, y mañana de otro dueño. ¡Siempre feliz, nunca envidioso!

Rodeados, pues, por circunstancias como las que acabo de narrar, los padres de José Díaz pasaron los años de su existencia en una hacienda del valle de Miztecapán; y allí fué también donde aspirando esa atmósfera de bienandanza, el padre de Porfirio vió la primera luz.

Si la época hubiera sido propicia y se le hubiese presentado la oportunidad, Don José habría podido ser hombre notable. Poseía, en alto grado, todas las cualidades naturales que lo hacían apto como patriota, como militar, y como estadista. En cuanto á su físico era alto, simétrico, muscular, y activo, y cuando se hallaba de buen humor era tan agradable de cara como en la forma. Era de semblante rubicundo, de mirada autoritativa y seria, ligeramente inclinada á la melancolía, y de un porte y modo de andar que indicaban en todo un hombre de resolución. Había en él

la misma cualidad que se encuentra en el hijo: á la vez de que era ordinariamente afable en sus maneras, de buen corazón y generoso hasta el extremo, si se le irritaba, y especialmente si se le hacía un agravio ó injusticia, la determinación y energía que despertaban en él se asemejaban á la cólera del león.

Esta cualidad era producida por su carácter fogoso y resuelto, propenso á amar ó á odiar. Tal propensión debe existir en todos los grandes hombres: porque la grandeza no es otra cosa que la intensidad y fuerza que se inclina á uno ú otro extremo, ya para apoyar la justicia, ó ya para castigar la maldad. Cuando hay que combatir, que tomar parte en una batalla, ya sea física ó moral, esta no se podrá ganar sino con la fuerza y la perseverancia. El amor y la abnegación vienen bien en las conquistas espirituales; pero hay que tener presente que las conquistas espirituales no son tan apreciadas en el día como lo fueron en otros tiempos.

Tómese en cuenta la precocidad, la rápida viveza, y la impetuosa, aunque no sostenida, energía de un hombre como Don José, cuya naturaleza tenaz en el aprecio de los buenos principios, aunque llevada de impulsos espasmódicos, por lo general de cualidad generosa—impulsos tan pronto revestidos de abnegación y prudente y bien sostenida persistencia, como de aturdida temeridad, hasta recaer por último en la indolencia y el indiferentismo—si el temple diamantino se sostiene bastante tiempo, y existen circunstancias dignas de una lucha, el resultado ha de ser necesariamente de más magnitud que lo ordinario. Y aun las personas de mucho menos carácter que la de que hablamos, si bien son esencialmente caprichosas é inflamables, son también generosas é intrépidas: si manifiestan con frecuencia el orgullo español, también dejan ver su sociabilidad y buen trato.

Para apreciar el carácter como es debido, es necesario estudiar las condiciones físicas de la persona que se juzga; el estado de la sangre, del hígado,

de los huesos y músculos y sus efectos son de considerarse. A la que disfruta de salud, y á la que carece de ella, debe juzgárseles de una manera enteramente distinta. Désele á la ténue aunque sólida inteligencia de De Quincey—cuya fantasía era tan exuberante cuanto severa su lógica—désele, en cambio de su débil y pequeña estatura, su cabeza grande y pálidas facciones, el robusto físico de un Cromwell, é imagínese el resultado.

En la madre de Porfirio tenemos un tipo enteramente distinto al del padre. Los Morys vinieron de Asturias, cuyos hijos tienen fama por su espíritu independiente y la jactancia de su antigüedad. No pueden olvidar que fué en sus montañas donde Pelayo salvó á la nacion española de la destruccion, ántes de que los moriscos amenazaran el cristianismo.

Si los hijos de Asturias son de formas ménos simétricas y de facciones mas regulares que los de las provincias moriscas, son sin embargo fuertes y valientes. Si debido á las manifestaciones naturales de sus imponentes montañas han adquirido aquellas ideas algo sobrenaturales, son, no obstante, hombres de buen juicio. Poseen á la vez, la impetuosidad de los celtas y la franqueza é integridad de los godos.

Comparativamente hablando, menor número de asturianos que de originarios de otras provincias, vinieron al Nuevo Mundo á buscar fortuna; pues á pesar de ser valientes, fuertes, y á propósito para arrostrar todo peligro, el amor á sus toscos hogares y primitivas costumbres los hizo apegarse á su país natal.

Como á mediados del siglo pasado, el padre de Petrona Mory cruzó el océano. Un gran número de los inmigrantes españoles vinieron bajo los auspicios de amigos cuya influencia política ó comercial les conseguia algun cargo público ó destino, que, servido con habilidad, los llevaba al desempeño de puestos prominentes y á la adquisicion de riquezas. Otros se dedicaban á ejercer su profesion, ó tomaban á partido el manejo de minas ó plantíos.

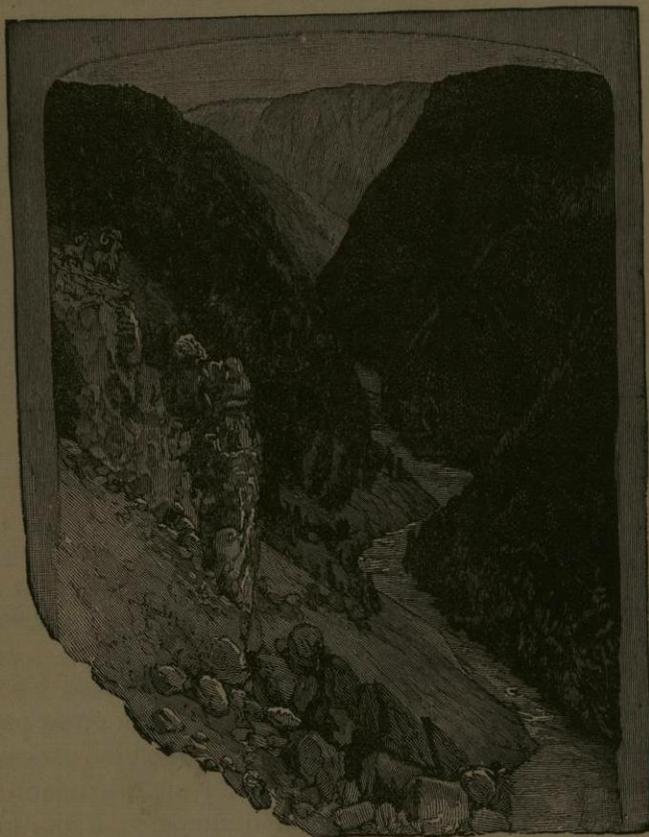
Muchos de los inmigrantes españoles pertenecian á la humilde clase de tenderos, mineros, artesanos, y labradores, dedicándose estos últimos, en su mayor parte, á la enseñanza de los indígenas. Prontos para aprender donde mediaba el interés, y satisfechos con ganancias mas pequeñas, los naturales se constituyeron en poderosos rivales de estas clases, al grado de entorpecer en gran manera su prosperidad. Los mineros sufrieron ménos, pues su ocupacion los condujo al norte entre las tribus salvages.

Cualquiera que fuese la categoría ó clase de los que llegaban, todos ellos venian imbuidos en la misma necia idea—de que eran superiores á todos los demás. Por mas pobre, ignorante, ó degradado que fuera, cada uno pensaba que el solo hecho de haber nacido en España, lo hacia superior á toda persona nacida en otro lugar. Era la antigua creencia romana—creencia de muchos siglos, que fué implantada mas tarde en la América, de que todos los que no nacian en Roma eran bárbaros. ¿Donde está Roma ahora? ¿donde España? ¿Cómo las compararemos hoy dia con esos mismos bárbaros?

En el Nuevo Mundo esta necia preocupacion se llevó hasta el extremo: todos los que llegaban de España pertenecian ante sí mismos, por naturaleza y derecho innato, al círculo de los escogidos. Este razonamiento hacia adquirir al alma su calidad y posicion de la localidad en que habia sido encarnada. Como Rómulo y otros, que no habiendo conocido nunca padres en la tierra, atribuian su nacimiento á los dioses, así entre estos recién llegados, habia muchos con imaginaciones bastardas, que no contaban con otra cosa de qué servirse para fundar sus ideas que su propia estupidez. Y aun despues de la revolucion, que emanó en gran parte de los celos y odios que estas ideas engendraron; cuando España habia caido del lugar que ocupaba entre las naciones, habiendo ya pocos tan necios que considerasen como un honor sagrado el haber nacido en sus recintos, y que el nom-

bre de español en el Nuevo Mundo habia llegado á ser un término despreciativo; todavía se encontraban algunos que se burlaban de la idea de mezclar su sangre con la de los indios, cuando en realidad la habrian mejorado mezclándola con otra cualquiera.

La clase de tenderos en Nueva España se componia



VISTA EN NOCHISTLAN.

en su mayor parte de asturianos; pero el Señor Mory no parece haberse asociado con ellos, al ménos en las poblaciones. Se radicó en Oajaca, donde sus escabrosos cerros y hermosos valles le inspiraban sentimientos patrióticos y recuerdos de su país natal. Nochistlan, en las montañas del alto Miztecapan,

se hallaba en el camino de Méjico á Oajaca y Tehuantepec, y ya en el tiempo de los aztecas tenia fama por su riqueza, adquirida con el tráfico comercial. En este giro encontró el Señor Mory ocupacion. Allí se estableció y tomó por esposa á una mizteca. Uno de sus hijos, Mariano, vivia á principios de este siglo en la Villa de Todocomo con su esposa Tecla Cortés; y de esa union habia tenido una hija llamada Petrona Mory.

Los miztecos y sus vecinos los zapotecos estaban cuando ménos tan avanzados en civilizacion como los aztecas; siendo unos y otros bajo algunos aspectos, iguales, si nó superiores, á los Europeos. Nochistlan sobresalia asimismo en su adelanto intelectual y en el cultivo de las ciencias y artes. Su pueblo, además se preciaba de ser de tez mas blanca que los que habitaban las llanuras y tierras bajas de los trópicos. En cuanto á sus mujeres, hasta el grave Padre Burgoa se extasía al hablar de sus facciones apacibles é inteligentes, de su bella complexion, sus hermosas formas, y gracioso porte. Qué de raro, pues, tiene el que los primeros caballeros de España buscaran esposas allí y que Petrona hubiera ganado el amor de Don José.

En las venas de Porfirio, por lo mismo, se mezcló la sangre de las mas orgullosas provincias de España, con la de las naciones mas altivas de la América, circunstancia que no debe menospreciarse ó hacerse á un lado desdeñosamente; pues aunque estimemos en poco el orgullo de la posicion, del poder, y aún de la descendencia y divinidad de los reyes, no podemos desconocer el desarrollo humano y la divinidad de la raza; que la creacion humana es superior á la de los animales, así como tambien que unos hombres son superiores á otros: el cerebro y los músculos en algunos son de contextura mas fina que en otros.

Así fué que este niño, destinado á ser un hombre representativo cuando se desarrollara, debió nacer de una raza típica de los mejicanos.

CAPÍTULO III.

LA FAMILIA DIAZ.

CAMBIO DE OCUPACION—DON JOSÉ SE HACE VETERINARIO—TOMA EN ARRENDAMIENTO UN TRAPICHE—CULTIVO DEL AZÚCAR EN LOS TIEMPOS PRIMITIVOS—DON JOSÉ ADQUIERE UNA FORTUNA Y EL TÍTULO DE CAPITAN—ESTADO DE LA SOCIEDAD—LA FAMILIA DIAZ—LA GUERRA Y EL CÓLERA—MUERTE DEL CAPITAN DIAZ—DEUDA DE GRATITUD DEL NIÑO PARA CON LA MADRE—CUALIDADES DESPLEGADAS POR LA SRA DE DIAZ EN SU ÉPOCA DE PRUEBA—PERSPICACIA DE JUICIO Y FIRMEZA DE CARÁCTER—EDUCACION DEL NIÑO—SUS PROPENSIONES JUVENILES—SU ESPÍRITU MARCIAL—SUS BATALLAS Y DIPLOMACIA.

El reducido patrimonio de la familia de Diaz desapareció en la guerra de independencia, y Don José, como otros muchos, se vió obligado á buscar nuevos medios para sostener á su familia. Por algun tiempo siguió la ocupacion de veterinario, pero esta no estaba de acuerdo ni con sus gustos ni con sus talentos. Las consecuencias naturales de la guerra habian hecho bajar el valor de la propiedad y de las industrias, y así fué como pudo conseguir, mediante una corta suma, tomar en arrendamiento un trapiche en Cerro Verde, cerca de Cacaotepec, en el distrito de Jamiltepec.

El cultivo de la caña de azúcar se introdujo al país por Cortés, quien fué dueño de dos ingenios en Izcatlan. Despues se establecieron tantos, que la cantidad que producian no solo igualaba á la que antes se sacaba del nativo maguey, sino que desde á mediados del siglo XVI habia un sobrante para la exportacion. Mas á pesar de los alicientes que presentaba la corona, á principios de este siglo la existencia sobrante solo

(24)

montaba á 125,000 quintales; el consumo interior, sin embargo, era de mucha consideracion y se abastecia principalmente en las provincias centrales y del este. En Veracruz se empleaba el trabajo del negro en esta industria; pero en otras partes se dedicaban á ella los indios, sujetándolos en peonage al amo, bajo una ley opresiva que los hacia de peor condicion que los esclavos.

Con su dedicacion á este negocio y á otros varios, Don José pudo aprovecharse del impulso que la realizacion de la independencia y el intervalo de paz que siguió, dieron á todas las industrias. A los once años de haber comenzado, se vió dueño de unos cuarenta mil pesos, fortuna regular en esa época, y muy suficiente para sus necesidades. Tambien los honores le buscaron, pues adquirió el título de capitán que le confirió el general Guerrero, á quien ocultó una vez en su rancho, ayudándolo con hombres y armas.

Se trasladó entónces á la ciudad de Oajaca, donde compró una propiedad, estableciendo en ella el meson de que ántes se ha hablado, al que agregó un banco de herrador. Se colocó así en una posicion respetable, pues que su carácter le grangeaba una estimacion que no puede medirse por la riqueza ni por la ocupacion.

En la capital de la provincia lo mismo que en otras partes de Méjico, la sociedad antes y despues de la independencia estaba algo mezclada. Mas de las tres cuartas partes de la poblacion se componia todavía de indios puros; de los 600,000 habitantes que tenia la provincia en 1810, se calculaba que apenas el 12 por ciento era de blancos y raza mezclada. Una gran parte de esta última la formaban los rancheros, artesanos, y otros operarios humildes, quedando para constituir la aristocracia por su riqueza y posicion un reducido número de criollos y mestizos.

Léjos del centro de la moda y del tráfico, y resintiendo muy poco las consecuencias de la guerra y las

luchas de la política, seguían tranquilamente sus antiguas costumbres y quietud de vida; y con un suelo rico y un benigno clima, había pocas poblaciones en todo el país que pudieran jactarse de una existencia más feliz.

Los derechos de las razas primitivas habían sido respetados desde el principio, hasta cierto punto. Los naturales se encontraban en una posición propia para obtener por sí mismos ese respeto. Habían sido conquistados, es verdad, en cierto sentido; pero no lo habían sido como otras naciones de la América. Nunca habían sido subyugados hasta la humillación, que como en el caso de los aztecas equivalía casi al aniquilamiento; ni tampoco habían sido pisoteados por la gratitud de los españoles, como los tlascaltecas. Su temple de alma se habría rebelado contra esto; jamás se hubieran sometido, ni habrían vivido bajo semejante régimen.

Dotados de inteligencia y prudentes, conservaban en gran parte la independencia de carácter que les era congénita. Muchos ocupaban todavía sus antiguas propiedades, ó vivían en terrenos que les asignaban las municipalidades. El peonage, en sus horrorosas formas, no había invadido esta parte del país. La mayor parte de las haciendas se cultivaban á partido, beneficiándose así todos los interesados. Los individuos de la clase ínfima que querían trabajar eran mejor remunerados por su trabajo, mejor alimentados y vestidos que la generalidad de los habitantes de otros distritos.

Ellos también daban su contingente á la aristocracia local, porque había entre ellos muchos en nada inferiores á sus hermanos de sangre mezclada, respecto á educación, riqueza, y respetabilidad. En esta época se hacía poco caso de la diferencia de razas ó de color; ya había pasado el tiempo en que el español simplon pudiera jactarse con buen resultado de la prerogativa de su sangre ó de la superioridad de su origen celestial. El que nació en España que se quede en España.

Méjico no está ya bajo la dominación de España. ¡Los americanos son libres! ¡Los miztecos y los zapotecos han recobrado su independencia, y ya entre ellos hay quien levante la cabeza y se jacte de la pureza de su sangre, no contaminada por la mezcla de sangre europea!

Sin embargo, por todas partes se veía algo que evocaba el recuerdo de los tres siglos del régimen virreinal de España. No todo lo de ese régimen podía considerarse como malo; y como he demostrado ya, los males aquí no eran de tanta gravedad como en otras partes.

Durante toda esa época, los naturales permanecieron tranquilos, y hasta cierto punto independientes de los europeos, aunque no del todo respecto á su influencia en los asuntos pertenecientes á la religión y al sistema político; muy á menudo se encontraban aislados enteramente de la clase dominante y eran gobernados por los descendientes de sus antiguos jefes, á quienes elegían alcaldes, honrándolos con mayor deferencia que á los funcionarios blancos que se les mandaban.

El cura, sin embargo, ejercía de ordinario una influencia decisiva, no solo en el púlpito, sino también en las amonestaciones paternas y públicas, dirigiendo las ceremonias semi-paganas y las procesiones de las muchas festividades religiosas que tenían. La parte más ignorante y pobre del pueblo tenía su mayor felicidad en la religión y en las bebidas espirituosas. De estas derivaban sus principales goces. Pero había otros, que aunque ricos, vivían humildemente y buscaban un bienestar más positivo que la vana ostentación.

Se nos presenta un ejemplo de la manera aislada á la par que progresista en que vivían estas gentes en Yalalag, población de alguna importancia. De dos mil familias que la componían, solo cien hablaban el español. Los habitantes eran, empero, industrioses y emprendedores, y sus ideas de las más ilustradas. Allí existe una sociedad de mujeres que tiene

un fondo para auxilios mútuos, y para promover el establecimiento de hilados y otros ramos de manufactura. Hay mas sociabilidad aquí que en la mayor parte de las poblaciones de indígenas; pero en todas se ve un deseo ardiente de adquirir el saber. Con semejantes elementos en la clase ínfima, siempre preponderante, es evidente que las clases superiores deben encontrarse á un nivel mas elevado en proporcion.

La familia Diaz, como la dejamos establecida en el meson de la Soledad, consistia de los padres y de siete hijos, dos de los cuales murieron en tierna edad; de los cinco restantes, habia tres niñas y dos niños, siendo la mayor Desideria, á quien seguian sus hermanas Manuela y Nicolasa, y despues Porfirio y Félix.

Con sus ideas liberales y su energía, la variada experiencia de su vida, su prestigio como capitán y sus buenos modales, cualidades que tenian á retaguardia riquezas nada despreciables, Don José pudo considerarse, con justicia, digno de ser estimado como uno de los ciudadanos mas prominentes de su pueblo, y aspirar á ocupar puestos en que pudiera ejercer una correspondiente influencia. Pero estas aspiraciones no debian realizarse.

El año de 1833, el cólera asiático invadió el país por primera vez, causando los mismos estragos en su desarrollo que en Europa. En la capital de la federacion, que tenia una poblacion de 170,000 almas, el número de muertos ascendió á 1,200 diarios, y en otras ciudades la proporcion aun fué mayor. La república estaba además en guerra civil por causa del establecimiento de la forma central de gobierno, y aunque Oajaca no llevó la peor parte, tuvo, sin embargo, que sufrir por ambas plagas.

Entre las víctimas de la epidemia encontramos al capitán Diaz y á dos de sus hijos. La pérdida fué terrible para los miembros de la familia que sobrevi-

vieron: porque la salud de la madre se habia deteriorado últimamente, y sus hijos se encontraban todavía en tierna edad. Pero Doña Petrona tenia toda la energía de su raza; de tal manera se dirigia y gobernaba por el ejemplo de su marido, que á la muerte de este ella se encontró mucho mas apta para el manejo de los negocios que el comun de las mujeres de su época.

Creo que á ella debe Porfirio mas que á su padre. Dificil seria probar esto; pero estoy seguro que el lector que siga con atencion esta narrativa, estará de acuerdo conmigo al fin.

No puede haber habilidad notable, genio, grandeza, ó cualquiera que sea el nombre que quiera darse á un desarrollo extraordinario, sin antecedentes adecuados. Aunque al analizar el carácter de una persona no siempre podamos trazar sus cualidades á la verdadera fuente, podemos estar seguros, sin embargo, de que existe la tal fuente, y que esta debe corresponder con el resultado.

Ahora bien, no es difícil encontrar en la madre de Porfirio muchas de las cualidades mas notables que caracterizan al hijo, y como antes he dicho, en mayor número que en su padre. Puede ser que la madre careciese de algunas de las cualidades que el padre le haya transmitido, pues como antes he observado, estas proporciones no siempre son susceptibles de demostracion.

El padre desplegaba una firmeza de carácter tal que casi rayaba en severidad. Esta misma firmeza encontramos en la madre; pero la firmeza de la madre estaba mas bien templada y se ejercia mas equitativamente; encontramos en ella mas principio y menos pasion. Ardia constantemente en su pecho, el noble valor del cariño maternal, como se verá mas claramente por sus hechos que por mis palabras. Esa firmeza de carácter en la madre provenia principalmente de la claridad de su inteligencia. Jamás abrigaba la debilidad, ni en el cerebro, ni en el corazon. De una

manera innata ó instintivamente, ó llámese como se quiera, ella veía, oía, sentía, apreciaba y formaba su determinación. En sus primeros años y durante su vida de casada y aun todavía después, cuando tuvo que desempeñar deberes más áridos y reportar responsabilidades más graves, raras veces dejaba de saber cual era la conducta que debía seguir su hijo en todas circunstancias, y cual la que á ella le tocaba. Poseída de una notable perspicacia podía decidir con firmeza, y mantenía con vigor su integridad de mujer y de madre en todos sus actos.

En unión de otras cualidades estimables, era mujer poseída de finos sentimientos, industriosa y hospitalaria, y de maneras corteses mezcladas con la dignidad. Sin comprometer en lo más leve los delicados instintos de su sexo, sin sacrificar en nada esa modestia y ternura de corazón que es el encanto más grande de la mujer, Doña Petrona poseía un valor á toda prueba. Con un padre y un esposo como los que tuvo, y con un hijo como el que dió á su patria, no debíamos esperar menos de ella. ¡Era una mujer digna de ser madre de grandes jefes!

La época era tumultuosa. Merodeadores infestaban los campos, y vagamundos las poblaciones. Durante los tiempos de guerra y agitación política, esta hez del pueblo siempre sale á la superficie. Pero la Señora de Diaz era bastante capaz para defenderse a sí misma y á sus hijos. No se conocía la cobardía entre los suyos. Tenía, por supuesto, armas en la casa, y en caso ofrecido sabía hacer uso de ellas sin más recelo ó temor que el que manifestara en manejar una aguja, ó en educar á sus hijos.

Estos constituían por entonces su principal cuidado, y el objeto de su más grande ansiedad. Había que alimentarlos, vestirlos, y educarlos. Ante todo, era preciso darles buena instrucción, y esto lo tenía determinado á todo trance, aunque los disturbios políticos habían causado grandes perjuicios en los bienes de la familia. Mas esto no la hacía desmayar. Formó sus

planes de este modo: arreglaría sus negocios, economizaría cuanto pudiera, y continuaría el negocio del meson: el gran propósito era que sus hijos obtuvieran la disciplina intelectual que los pusiese en aptitud para ocupar cualquier puesto que fuesen llamados á desempeñar.

La enseñanza en esa época era muy distinta de la que es hoy día. Durante el período colonial, pocos, fuera de los hijos de los ricos, recibían una instrucción completa. A las mujeres se les enseñaba poco ó nada. Algo de religión, algunas lecciones en el arte de agradar; eso era lo suficiente. ¡El caso era hacerla lo más débil posible, y entonces vigilarla mucho para que no cayera!

Esta era la costumbre europea, no la americana, sin embargo de que en el día de hoy está en práctica en algunos puntos de la América. La teoría era, hacia mucho tiempo, que siendo las mujeres débiles necesitaban protección; después pasó á la de que siendo débiles debían vigilarse.

A veces los hombres ensalzan de tal modo á las mujeres que las hacen tontas, y en otras ocasiones las envilecen de tal manera que ellos mismos se vuelven necios. La mujer no necesita, como tampoco el hombre, que la ensalzen ó degraden de una manera artificial. Trátenla naturalmente. Déjenla en paz, y no la hagan objeto de ludibrio para los hombres. Si se desea que sea honesta, téngase confianza en ella, dejándola con facultad para moverse libremente; quítese la vigilancia. ¿No es un insulto á nuestras esposas é hijas el poner su virtud bajo llave? ¿No es un insulto á todas las mujeres hacer que una dueña ó sirvienta las vigile para que no se desvíen de la senda del deber?

Con la introducción de otras ideas extravagantes, España implantó esta costumbre en el Nuevo Mundo, costumbre que nunca agradó á las mejicanas. Son francas y discretas, puras de imaginación y de alma. Su natural reserva las hace conservarse dentro de la esfera de su sexo, y no necesitan de carceleras. Sin

embargo, los decretos de la sociedad exigían ciertas restricciones, y la Señora de Diaz se atrevía muy poco á dejarse guiar por sus propias inclinaciones liberales con respecto á sus hijas; pero el curso de enseñanza que adoptó para sus hijos quedó implantado con todo su efecto en estos.

La madre de Porfirio, como hemos visto, poseía no solamente la natural confianza que las mujeres de Oajaca reunían á un espíritu independiente nacido de sus contornos, é inculcado por herencia; sino que tenía ménos de esa indulgencia maternal que tan fácilmente echa á perder á los hijos. Comprendía toda la importancia de la doble obligacion que tenía que cumplir: mantener y educar á la familia; y ejercía esta tarea tan esmeradamente que ya rayaba en severidad. Así al ménos parecía, comparada con la libertad que permitían los demás.

Pero la Señora de Diaz usaba del rigor solamente cuando lo consideraba necesario. En cuanto al uso racional de la libertad y los derechos, no le ponía cortapisa. Estudiaba con maternal afán la disposicion que desde temprano manifestaban sus hijos. Era natural que llegaran á ser soldados en algun tiempo, aun cuando tuvieran otra profesion. ¿Cómo podía ser de otro modo? ¿Y ella acaso desearía otra cosa? El jóven Porfirio desde la mas tierna edad manifestó un espíritu guerrero. Antes que cumpliera ocho años, su madre le encontró en compañía de su hermano haciendo soldados de barro, y tirando sobre ellos con un cañoncito, juguete que se vendía en los portales. Pólvora y frijoles se empleaban en estas operaciones, y el que derribaba mas soldados ganaba la batalla.

Un dia mientras se hallaban en esta ocupacion, disciplinándose, aunque ellos lo ignoraban, para la causa de la libertad y los derechos del hombre, pasó un estudiante con la vista fija en su libro y sumergido en tan profunda abstraccion que parecía un filósofo. Tan absorto iba, que no vió el peligro que le amena-

zaba, y continuó su marcha hasta poner el pié en el mismo centro de la batalla.

Sobre el cañon de plomo ardía la mecha, y el fuego la consumía rápidamente. Los muchachos hubieran gritado al jóven para que retrocediese; pero le temían porque era indisplícite, particularmente cuando estaba preocupado con sus filósofos.

El fuego y la pólvora por fin cumplieron su mision. El frijol dió de lleno contra la pierna del estudiante. El jóven lanzó un grito. Creyó que habia seguramente llegado el fin de su vida, ó que no sería poca su fortuna si la salvaba con solo una amputacion, por lo que gritaba con mas fuerza. Sus lamentos llegaron á oídos de la madre. Precipitándose fuera de la casa, se le presentó á la vista la triste condicion de su hijo, y en el acto hizo un valeroso ataque contra toda la fuerza. Despedazó con los piés los soldados de barro, aventó las balas de frijol, y capturando el cañon se lo presentó á su hijo como liquidacion de daños y perjuicios. Los generales que mandaban aceptaron la derrota, y se retiraron del campo, sin embargo de que esto no estaba conforme con sus ideas de una guerra legítima.

Habia otras diversiones á la mano, pero las guerras tenían siempre la preferencia. Con el tiempo, la existencia de armas de los muchachos aumentó; mientras tanto los palos servían de espadas, las jícaras de tambores, las cerbatanas hacían las veces de fusiles, sirviendo además para matar pajaritos. Mas ambicioso que los demás, Porfirio trató de adquirir fusiles verdaderos, y no teniendo bastante dinero con que comprarlos, obtuvo unos cañones viejos, y con ayuda de algunos jóvenes mayores que él, consiguió ponerlos en estado de servicio. Toda esta experiencia y todo este esfuerzo infantil no solo demostraban una temprana inclinacion, sino que despertaron en este tierno cerebro ideas que alcanzaron brillantes resultados, y que mas tarde probaron ser muy valiosas al hombre en sus campañas.

En él se manifestó precozmente esa viveza de recursos, que es el fundamento de todo éxito militar y político. Porfirio estaba versado en el arte de construcción, ya fuese en pertrechos de guerra ó en un pronunciamiento político. Todo lo que necesitaba se lo proporcionaba él mismo. En sus días de juventud tenía gusto á la vez que orgullo en construir toda clase de instrumentos y muebles. Por demás es hablar aquí de su habilidad en montar, cazar, nadar, y todos aquellos pasatiempos que adoptan los jóvenes mejicanos. En una vida como la que trato de delinear, la perfección en estas cosas no puede considerarse como una adquisición, sino como una cualidad natural. Siempre se espera que un joven mejicano sepa montar bien, tirar bien, nadar bien, cazar, manejar el florete, y todo lo demás.

Con un acontecimiento mas sobre la vida juvenil de Porfirio, terminaré este capítulo.

Siguiendo su predilección por el juego con sus soldados, cuando apenas tenía unos catorce años, puesto á la cabeza de una compañía de sus condiscípulos—que siempre le conferían el mando—Porfirio solía marchar á los suburbios de la ciudad y ahí dar batalla á otras compañías iguales de muchachos de las otras escuelas. El cañon juguete y los frijoles, hacia tiempo que se habian echado á un lado, sustituyéndolos con piedras del tamaño del puño, arrojadas con la mano. El resultado era el derramamiento de sangre y algunas roturas de cabeza. Se hicieron amargas quejas que produjeron algunos arrestos; pero la travesura era magnífica y bien valía la pena que por ella se sufria. Así lo creyó por lo ménos Porfirio, hasta que en una ocasion se le tuvo encerrado dia y noche por dos meses en las bartolinas del colegio; este castigo trajo la enmienda.

Generalmente estas peleas tenían lugar en frente del palacio episcopal con bastante disgusto de sus moradores. Un dia, cuando los muchachos estaban en

el calor de la pelea, salió el obispo y en tono irritado les gritó: “Váyanse de aquí, malcriados!”

“No somos malcriados, y no nos iremos,” contestó Porfirio.

“Ah, perdon, soldados de la república!” exclamó el obispo, recobrando su buen humor. “Pues bien, capitán, ¿cuánto quiere usted por llevar sus fuerzas á trescientas varas de aquí?”

“No recibo dinero,” contestó Porfirio.

“Se niega usted entónces á acceder á mi razonable pedido.”

“Me niego,” agregó al instante. “Mas aguárdese usted; deme usted un real.”

El obispo le entregó entónces la moneda. Tomóla Porfirio, se dirigió al punto en que estaba el jefe contrario y la puso en sus manos.

“Te doy esto,” le dijo, “para que te retires conmigo á otra posicion.” La oferta fué aceptada y este fué el primer golpe diplomático del muchacho.

